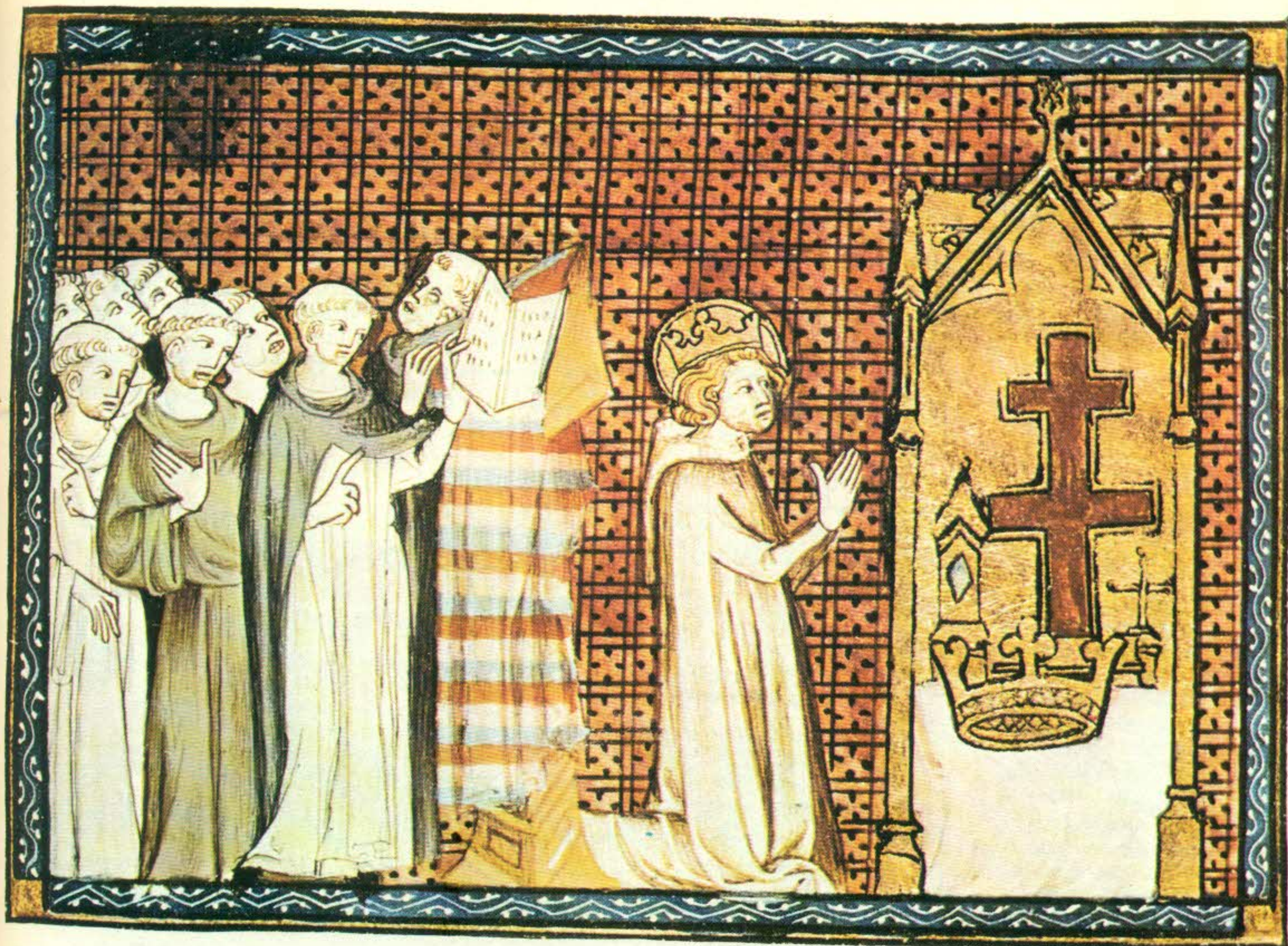


Luis IX de Francia venera las reliquias de Nuestro Señor Jesucristo (miniatura de la Biblioteca Nacional de París). El santo rey de Francia es figura señera de la monarquía de los Capetos, tanto por sus actividades nacionales (aumento del poder real) como internacionales (aumento del prestigio de Francia entre las naciones europeas).

Desarrollo y consolidación de la monarquía francesa

por SANTIAGO SOBREQUÉS VIDAL

A lo largo de las tres primeras centurias del segundo milenio, mientras el pontificado y el Imperio se debaten en sus luchas por el *Dominium mundi,* las monarquías occidentales que escapan a la autoridad imperial alcanzan un notable desarrollo económico y político que es la base de su ulterior constitución en los grandes estados modernos. Tal evolución coincide, y es a la vez causa y consecuencia, con fenómenos históricos de suma importancia, estrechamente ligados entre sí en una relación mutua de causa a efecto. Tales, la eclosión e institucionalización del feudalismo, primero, y más tarde las primeras manifestaciones de su descomposición como resultado de los progresos de la economía y

EL RENACIMIENTO DE LA MONARQUIA: LA MONARQUIA FRANCESA DESDE FELIPE I HASTA FELIPE II AUGUSTO (1060-1223)

En una primera fase, tres aspectos pueden señalarse en la evolución de la monarquía francesa, ya que no en la política consciente de sus reyes.

LA VALORIZACION DEL DOMINIO REAL

Los reyes, como otros señores feudales, tienden a redondear su patrimonio, a someter a su última instancia a los pequeños señoríos interpuestos entre ellos y sus súbditos, a pacificar y organizar la explotación productiva de los territorios que forman su dominio.

→ El rey se convierte en uno de los grandes señores feudales de Francia.

EL REY, PROTECTOR DE LA IGLESIA

Del recuerdo de las funciones eclesiásticas ejercidas por los monarcas carolingios y del carácter sagrado de su persona se deduce el derecho de patronazgo sobre toda la Iglesia de Francia: nombramiento de los obispos, recaudación de los derechos de las sedes vacantes, especial protección de las fundaciones monásticas, entre las cuales Cluny será un centro de propaganda monárquica.

→ Alianza natural entre el rey y la Iglesia.

DEL FEUDALISMO A LA MONARQUIA FEUDAL

El poder real, definiéndose como distinto del feudalismo, logra integrarse en él como tal. Es decir, el rey, que está dentro del sistema como señor feudal, entra ahora como monarca. El movimiento interno del sistema ha obligado tanto al rey como a otros grandes señores feudales a convertirse en soberanos indiscutidos de todos los señores de sus territorios.

→ El rey es, en última instancia, el soberano feudal de todos los franceses.

Luis VI el Gordo entra en Orleáns (miniatura del incunable "Crónicas de Francia"; Biblioteca Nacional, Turín). El gobierno de este rey, apoyado sobre todo en su consejero Suger, abad de Saint-Denis, fue el más célebre de los primeros Capetos. Luis VI, "el rey que no duerme", luchó contra los barones bandoleros de Orléans e Ile-de-France y consiguió pacificar y aumentar el dominio real.



de las clases urbanas, consecuencia a su vez del incremento demográfico y de la intensificación de los contactos con el Oriente como resultado de las cruzadas; la recepción del derecho romano justinianeo con la afirmación de la eminencia de la autoridad real; el fracaso de las ideas universalistas del pontificado y del Imperio y, en fin, las transformaciones de la espiritualidad y la culminación de la cultura medieval, que alcanza su cenit en el siglo XIII.

Cuatro grandes monarquías se afirman particularmente en Occidente durante este período de unos trescientos cincuenta años (entre 1000 y 1350, más o menos), a saber: Inglaterra, Francia, Castilla y la singular comunidad política conocida con el nombre impropio de "Corona de Aragón". Sin embargo, por circunstancias en cuyo estudio convendría profundizar más, en dos de ellas, Inglaterra y la "Corona de Aragón", la institucionalización política evolucionó en un sentido que puede ser calificado, sin preocupaciones anacrónicas excesivas, de preconstitucionalismo, mientras que en las dos restantes el robustecimiento del poder real alcanzó caracteres de mayor vigor, perfilándose ya en ellas las modernas monarquías

autoritarias. Francia constituye el modelo más perfecto de este último tipo de evolución política, coincidente con su eclosión territorial.

Aunque los primeros representantes de la nueva dinastía de los Capetos, duques de París, entronizada en 987, no fueron más que otros tantos señores feudales cuyos dominios no eran ni los más ricos ni los mayores de la Galia, existió a su favor un cúmulo de circunstancias que explica la rápida consolidación de su autoridad como reyes y los progresos territoriales de la monarquía "francesa". Sus dominios patrimoniales, aun siendo relativamente pequeños, eran ricos y poblados y se hallaban admirablemente situados en el centro de la antigua Neustria, en la única región del país que se llamaba *Francia* (o *Isla de Francia*), cruzados por grandes rutas comerciales que convergían en Saint-Denis, donde se celebraba una de las ferias más importantes de la época, y contaban con la ciudad que había sido la capital de la monarquía merovingia, París, destronada por los

LAS AMBICIONES MEDITERRANEAS DE CARLOS DE ANJOU

Aun prescindiendo de la extraordinaria ambición personal del hermano de San Luis, la posesión de Sicilia y la Italia meridional, por una parte, y por otra su condición de soberano de Provenza, debían impulsarle como a sus antecesores normandos y Staufens hacia una política mediterránea de altos vuelos. Es preciso considerar la gran importancia mercantil del puerto de Marsella y el intenso tráfico marítimo de todas las épocas entre Sicilia y el norte de África, especialmente el vecino reino de Túnez. Tales intereses económicos debían llevar forzosamente a Carlos de Anjou, aun en medio de las complicaciones de la política italiana, a intentar la realización de un vasto programa de dominación mediterránea.

En 1261, Miguel Paleólogo expulsó a los latinos o francos de Constantinopla, resucitando así el Imperio griego. Carlos de Anjou se sintió llamado a desempeñar el papel de restaurador del agonizante Imperio latino. En efecto, en 1267 puso pie en los Balcanes y firmó con el emperador Balduino un tratado por el que obtenía, a cambio de su apoyo contra los Paleólogos, la soberanía de Corfú, Acaya y varias ciudades costeras de Albania; una de sus hijas debería casar con el heredero de Balduino, Felipe de Courtenay, estipulándose que, en caso de no existir sucesión de este matrimonio, el propio Carlos de Anjou heredaría el título imperial.

Gracias a una hábil e intensa actividad diplomática, el monarca angevino aseguróse la alianza de Hungría, Serbia y Venecia. Era tan manifiesta la amenaza para el renaciente Imperio griego, que Miguel Paleólogo buscó la protección del papa, ofreciéndole la sumisión de la Iglesia oriental (1274). Gregorio X y su sucesor Nicolás III, ilusionados con esta idea, frenaron los proyectos de invasión de Carlos de Anjou, quien tuvo que suspenderlos hasta mejor ocasión. Ésta se presentó en 1281 al ser elegido un papa francés, Martín IV; la Santa Sede, ya desengañada del sueño de sumisión de la Iglesia griega, puso luz verde a los planes del rey de Sicilia. Éste pudo dedicarse entonces a preparar con febril actividad la magna expedición contra Bizancio, pero la rebelión de Palermo en la Pascua de 1282 (Vísperas Sicilianas) y la inmediata intervención del monarca de la Corona de Aragón, Pedro el Grande, hizo dar a la política europea un giro radical, arruinando los vastos proyectos hegemónicos del hermano de Luis el Santo.

Pero las ambiciones de Carlos de Anjou apuntaban todavía más lejos. El Imperio latino no sería para él más que una plataforma para la reconquista de la Tierra Santa y la consecución del Imperio de Jerusalén, de la gloriosa corona del Santo Sepulcro. Los principados cristianos de Siria parecían próximos a caer ante la gran ofensiva del sultán mameluco de Egipto, Baibars. La pérdida de los puertos sirios, etapa crucial de las rutas comerciales de las grandes mercancías de Oriente, las especias, la seda, los perfumes y maderas preciosas, el algodón, el azúcar, etc., habría sido un golpe gravísimo para la economía de la Europa occidental. Dos monarcas cristianos, Luis el Santo y Jaime I de Aragón, se habían cruzado para salvar los restos de la cristiandad en Oriente. Pero una tempestad acabó con la cruzada del catalán, mientras que el francés, todavía más infortunado, perdía la vida en Túnez, donde había hecho escala, ilusionado ante la perspectiva de obtener la conversión y alianza del rey tunecino (1270).

Ante tales fracasos, la hábil diplomacia de Carlos de Anjou se orientó hacia la obtención de una tregua con el temible Baibars, mientras adquiría de María de Antioquía por mil onzas de oro y una renta vitalicia de cuatro mil sus derechos a la sucesión del Imperio de Jerusalén, en contradicción con los de Hugo III de Chipre. En 1277 la escuadra de Carlos de Anjou ocupó Acre y todos los príncipes cristianos de Siria reconocieron su soberanía. La muerte de Baibars y los apuros de su sucesor Kalaún contra los mongoles ofrecían una ocasión propicia al monarca angevino, quien, imitando a Federico II Staufen, aspiraba a obtener del apurado sultán la devolución de los Santos Lugares a cambio de su apoyo contra los mongoles. Una tregua firmada en 1281 con el sultán mameluco parecía ser el primer paso hacia sus magnos proyectos, cuando las Vísperas Sicilianas, ocurridas a los pocos meses, vinieron a ponerles punto final.

La tercera dirección de la política mediterránea de Carlos de Anjou apuntó hacia Túnez, donde sus antecesores normandos y Staufens habían ejercido durante largas etapas un auténtico protectorado. Sin embargo, sus planes de dominación tunecina tuvieron que demorarse ante las ilusiones de su hermano, el piadoso monarca francés, quien, convencido de la próxima conversión del rey de Túnez, al- Mostansir, dirigió hacia allí la cruzada, obligando a participar en ella a Carlos de Anjou. Pronto la muerte de Luis el Santo y la inexperiencia de su sucesor Felipe III convirtieron al rey de Sicilia en el amo de la situación. El mismo año 1270 impuso al tunecino una fuerte indemnización de guerra, un tributo anual de veinticuatro mil onzas de oro, un tratado comercial draconiano y la expulsión de los refugiados sicilianos y alemanes del régimen anterior que pululaban en Túnez. Tales medidas eran una amenaza para el comercio catalán, que tenía en Túnez una de sus bases más sólidas, y el hijo de cuyo soberano, el futuro Pedro el Grande, era el marido de Constanza Staufen, a la que los enemigos de Carlos de Anjou consideraban la legítima reina de Sicilia y Nápoles.

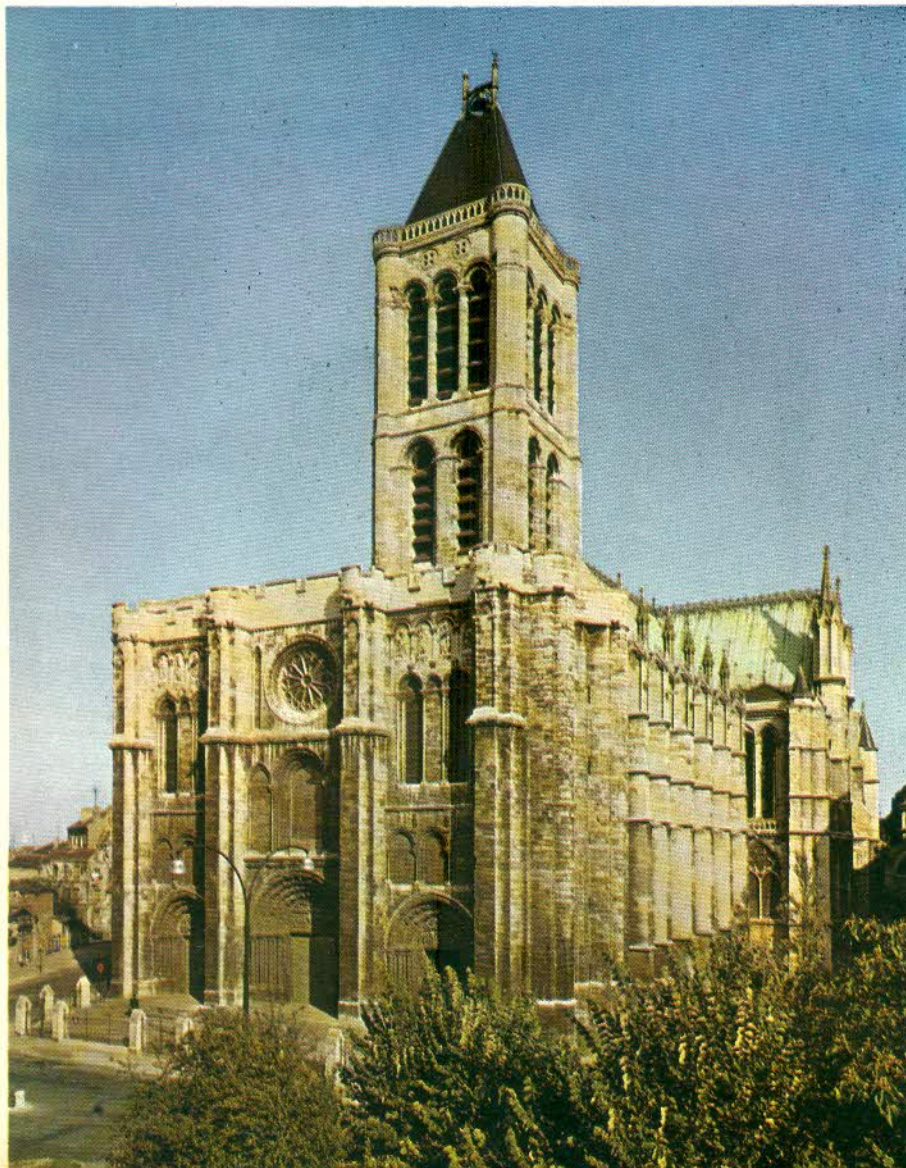
La subida al trono catalano-aragonés del marido de Constanza Staufen (1276) y la muerte de al- Mostansir (1277), con los graves problemas sucesorios que se plantearon en Túnez, dieron pie al nuevo soberano de Barcelona (refugio de todos los enemigos de Carlos de Anjou) para intervenir en el reino africano. Su conquista podía ser una excelente plataforma para saltar a Sicilia y, por otra parte, la dominación de Sicilia era indispensable para asegurar la libertad de la ruta comercial catalana del norte de África. En fin, el 30 de marzo de 1282 estallaba en Palermo la rebelión siciliana y el 28 de junio la escuadra catalana de Pedro el Grande desembarcaba en tierra de Túnez (Alcoll). La suerte de la dominación siciliana de Carlos de Anjou estaba echada.

S. S. V.

Vaso de pórfido que se supone fue transformado en águila por encargo de Suger, abad de Saint-Denis y consejero de los reyes Luis VI y Luis VII (Museo del Louvre, París).



Basílica de Saint-Denis, mandada erigir en 1122 por el abad Suger, que contiene la mayoría de las sepulturas de los monarcas franceses. Luis VII asistió a su consagración.



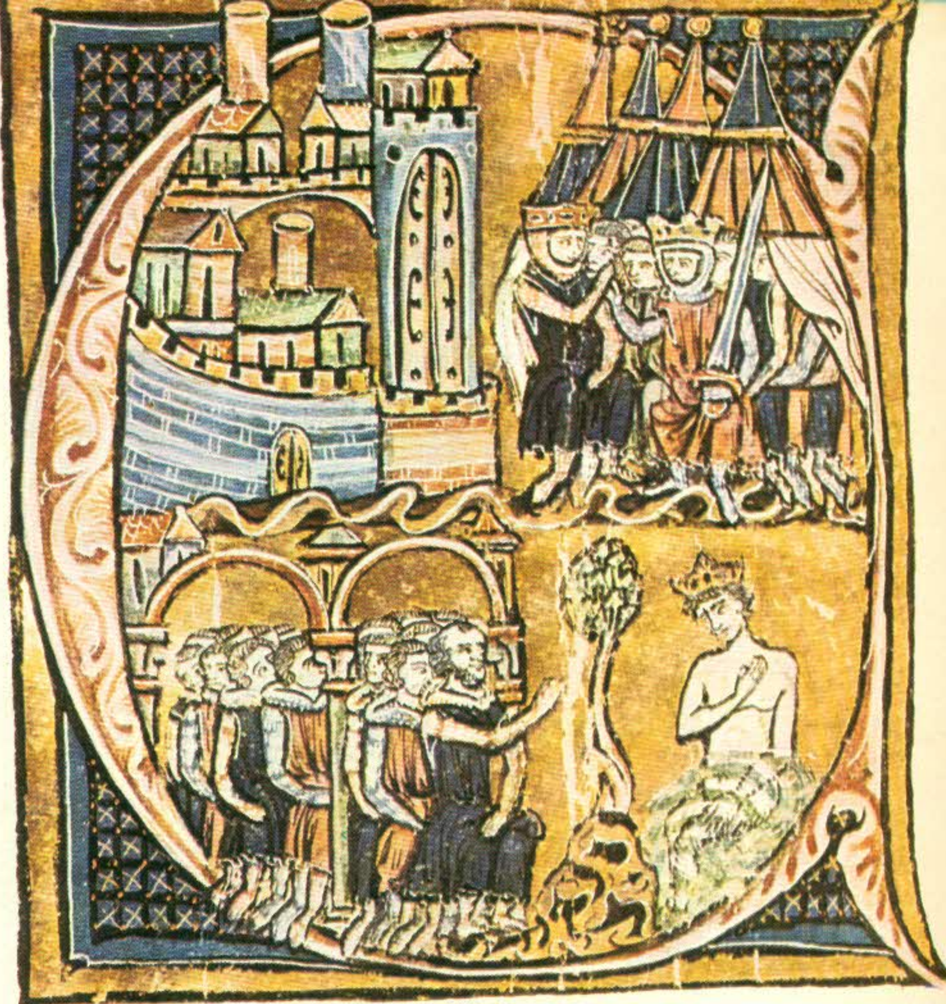
carolingios en beneficio de Aquisgrán. Los Capetos dejaron de ser reyes "de los francos" para convertirse en reyes "de Francia", su país, cuyo nombre se iría extendiendo con el tiempo a toda la Galia, y París, la capital de los Capetos, sería la capital de Francia.

Durante varias generaciones la nueva dinastía tuvo la fortuna biológica de la fecundidad y la longevidad; siempre contó con herederos mayores de edad aptos para la práctica feliz de la asociación en el trono, ahorrándose así las funestas cuestiones sucesorias y de minorías. Desde la muerte del fundador, Hugo, en 996, hasta la entronización de Felipe Augusto en 1180, es decir, durante casi doscientos años, no se sucedieron más que cinco monarcas, con un promedio de treinta y siete años de reinado. Por otra parte, rodeados sus dominios por otros feudos poderosos –Troyes, Champaña, Flandes, Normandía–, sus soberanos quedaron al abrigo de las ambiciones del Imperio y de otros enemigos exteriores, y a la vez les impidieron lanzarse a aventuras lejanas. Su propia mediocridad aseguró su éxito. Finalmente, no les faltó el apoyo de la Iglesia, con la que se mostró particularmente respetuoso el hijo de Hugo, Roberto II (996-1031), bajo cuyo sobrenombre de "el Piadoso" se ocultó un espíritu realista y tenaz que aseguró las primeras anexiones: Dreux, Melun y la Borgoña ducal. El tercer representante, Enrique I (1031-1060), tuvo que defenderse con las uñas de los barones de su propio patrimonio, que hicieron peligrar la obra de sus mayores. Sin embargo, el título real no fue jamás contestado y a su amparo pudo Felipe I, hijo y sucesor del anterior, durante su reinado de casi medio siglo (1060-1108), practicar una política sin escrúpulos que escandalizó a sus propios contemporáneos, pero que aseguró la anexión sucesiva del Gatinais, Corbie, el Vexin, Bourges y Dun.

Más tarde, el tándem Luis VI el Gordo (1108-1137), monarca enérgico, y Suger, su eminente consejero, se emplearon a fondo para limpiar la Isla de Francia del bandidaje de pequeños feudales de la calaña de Hugo de Puisset y Tomás de Marles, atrayéndose así la simpatía de la Iglesia y de la ya relativamente importante burguesía urbana. Pero en sus intentos de hacer efectiva la autoridad real sobre los grandes feudatarios de la antigua Galia (Normandía, Flandes, etc.), Luis VI fue menos afortunado. Su hijo y sucesor Luis VII, joven de diecisiete años, impulsivo y audaz, desoyó los consejos del prudente Suger y cometió errores notables como su alistamiento en la segunda cruzada y su permanencia en Palestina, mientras en el noroeste de Francia se formaba la gran potencia de los Plantagenet (Normandía, Maine,

Anjou); pero su principal error fue la anulación de su matrimonio con Leonor de Aquitania, cuyas segundas nupcias con Enrique Plantagenet (1152) dieron lugar a la constitución de un poderoso bloque occidental desde el canal de la Mancha a los Pirineos, y la división de Francia durante siglos en la Francia de los Plantagenet, muy pronto (1154) reyes de Inglaterra, y la Francia de los Capetos. Pero pese a estos aspectos negativos del largo reinado de Luis VII (1137-1180), la evolución política interna siguió su marcha, como más o menos en todas partes, en provecho de la autoridad real, independientemente de la capacidad o incapacidad del soberano.

No en vano ha sido llamado el sucesor de Luis VII, Felipe II Augusto (1180-1223), "el mejor obrero de la unidad francesa en la Edad Media", conocido, junto con San Luis, con el nombre de grandes Capetos. Astuto político, trabajador infatigable, supo resolver a favor de la monarquía de París la inextricable situación creada por el mecanismo de las relaciones feudales y aprovechar las dificultades de sus grandes rivales de Inglaterra (sucesivamente Enrique II, Ricardo Corazón de León y Juan Sin Tierra) y de Ale-



Luis VII de Francia y Conrado III de Hohenstaufen, emperador de Alemania, en el sitio de Damasco (miniatura del siglo XIII; Biblioteca Nacional, París). Al regresar de Palestina, Luis repudió a su esposa Leonor de Aquitania, que casó entonces con Enrique II Plantagenet, que llegó a rey de Inglaterra y unió Aquitania a sus posesiones francesas.



Felipe II Augusto en una de sus campañas guerreras (miniatura de Fouquet; Biblioteca Nacional, París). La actividad de este rey francés consolidó grandemente la monarquía francesa, a la que unió Artois, Amiens, Normandía, Maine, Anjou y Turena.

Felipe II de Francia en la batalla de Bouvines (miniatura de la "Crónica" de Villani; Biblioteca Vaticana). Al atacar el rey de Francia al conde de Flandes se formó una coalición de las fuerzas inglesas, flamencas y alemanas del emperador Otón IV, a las que Felipe Augusto derrotó en esta batalla.



mania (los emperadores Enrique VI y Otón IV). Por sus posesiones en la Francia occidental, eran los reyes ingleses vasallos del de Francia; multitud de señores feudales eran a la vez vasallos del rey de Francia, del de Inglaterra o del emperador de Alemania; a menudo los intereses comerciales de los países estaban en flagrante contradicción con los vínculos políticos. Felipe Augusto supo cortar semejante nudo gordiano aun a riesgo de atravesar por situaciones de manifiesto peligro, como en 1197. Pero cinco años más tarde de esta crisis, en 1202, su posición era suficientemente sólida como para citar ante su tribunal de París a "su vasallo" el rey inglés Juan Sin Tierra para responder de un atropello cometido contra un caballero del Poitou, y ante la presupuesta negativa del inglés a acudir al tribunal de "su señor", dictar sentencia desposeyéndolo de sus feudos poitevinos. Así se inició una nueva guerra de doce años, cuyo desenlace fue el aplastamiento de la gran coalición anti-Capeto (Inglaterra, el emperador Otón IV de Alemania, Flandes y otros numerosos feudatarios) en Bouvines por el ejército del rey de Francia (1214).

Bouvines es uno de los hechos bélicos más notables de la historia de Occidente porque aseguró la viabilidad de la monarquía de Francia y porque fue un auténtico triunfo "nacional" francés, logrado gracias a la alianza de la realeza con las ciudades, cuya potencia económica era ya capaz de inclinar la balanza política, y que Felipe Augusto aseguró mediante la concesión de múltiples franquicias municipales. Así lo comprendió el pueblo francés con fino instinto: los campesinos alfombraron con ramas y flores el camino de regreso del rey y los estudiantes de

Sello de Felipe II Augusto (Archivos Nacionales, París).







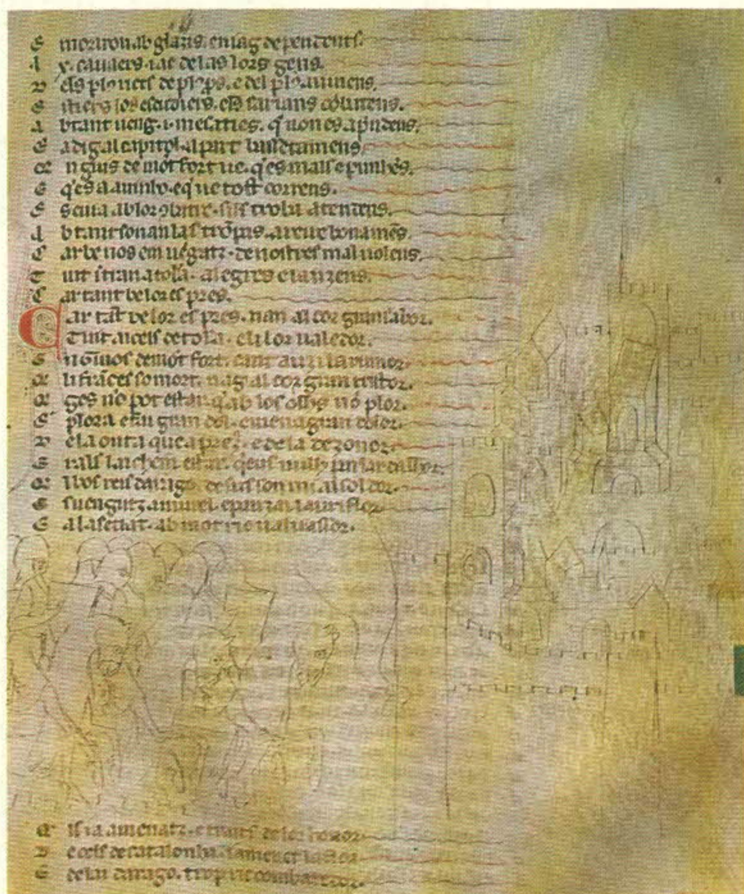
Dinero de vellón de Pedro II el Católico, rey de Aragón, que había asistido a la batalla de las Navas de Tolosa contra los árabes y que luchó después contra los cruzados de Simón de Montfort en defensa de sus vasallos del sur de Francia. Pedro II murió en la batalla de Muret. Con este hecho se ponía fin al predominio de la casa condal catalana al otro lado de los Pirineos.

la ya célebre universidad de París celebraron festejos durante varios días. Normandía, Anjou, Maine, Turena y otras tierras del Poitou y Saintonge, casi toda la Francia angloangevina, pasó a la soberanía directa del rey de Francia. Esto aparte, por compra o herencia, Felipe Augusto incorporó, antes o después de Bouvines, el Artois y el Valois, Evreux (1200) y multitud de feudos menores (Clermont, Montargis, Meulan, Alençon, Issoudun, Beaumont del Oise y otros). A su muerte, los dominios del rey de Francia eran, por primera vez, superiores a los de sus vasallos.

No es casual que Felipe Augusto adoptara la intitulación de rey de Francia en lugar de la de rey de los francos usada hasta entonces. En efecto, empezaba a existir un verdadero rey de Francia y ello no sólo desde el mero punto de vista territorial, sino también en el institucional: el antiguo Consejo real, continuación de las antiguas asambleas germanas, se desdobló en consejos técnicos, embrión de los futuros ministerios, mientras que las provincias eran excelentemente administradas por bailes regios que supieron explotar inteligentemente sus recursos. La administración central, emancipada de la tutela eclesiástica de los tiempos de Suger, adquirió ya decididamente un carácter estatal. Por otra parte, por la bula *Per venerabilem* el papado reconoció la independencia del reino de Francia respecto al Imperio.

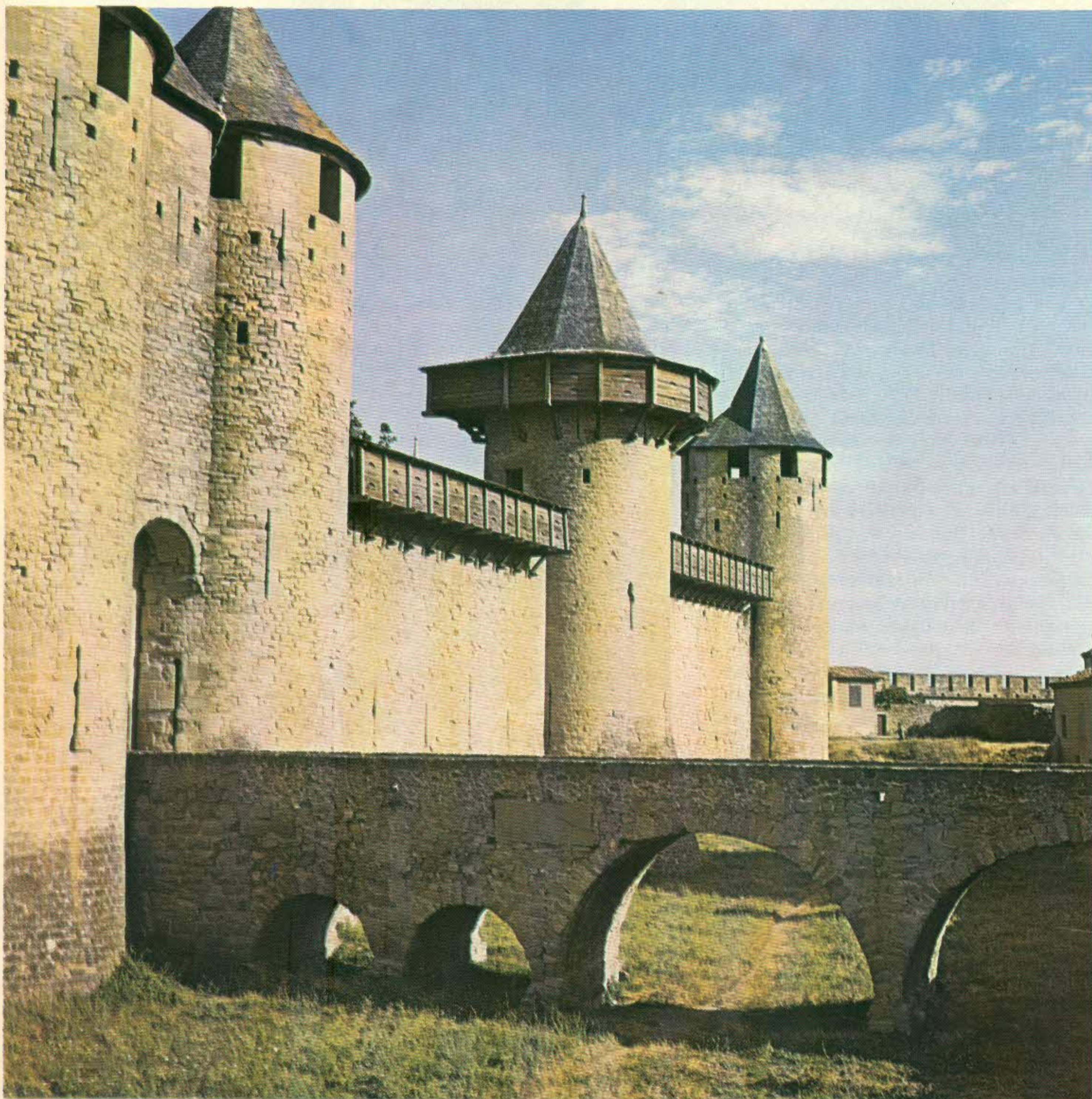
El impulso dado por Felipe Augusto permitió a su hijo y sucesor Luis VIII durante su corto reinado (1223-1226) la incorporación del Poitou, Saintonge y Aunis. Pero lo más importante de este breve reinado fue el inicio de la política anexionista por parte de la monarquía capeta del mediodía de la Galia, las tierras de la lengua de Oc, que no se llamaban todavía Francia, verdadero mundo aparte de la Galia del Norte, con una mentalidad, una lengua y una civilización distintas, y con una órbita política que giraba alrededor de otros focos, particularmente el de los soberanos de Barcelona, reyes de Aragón. Felipe Augusto había rehusado prudentemente el papel de ejecutor de la sentencia papal de desposesión de los condes de Tolosa y demás pequeños soberanos del Midi (Carcasona, Béziers, Narbona, Foix, Montpellier, etc.), excomulgados por su apoyo a la

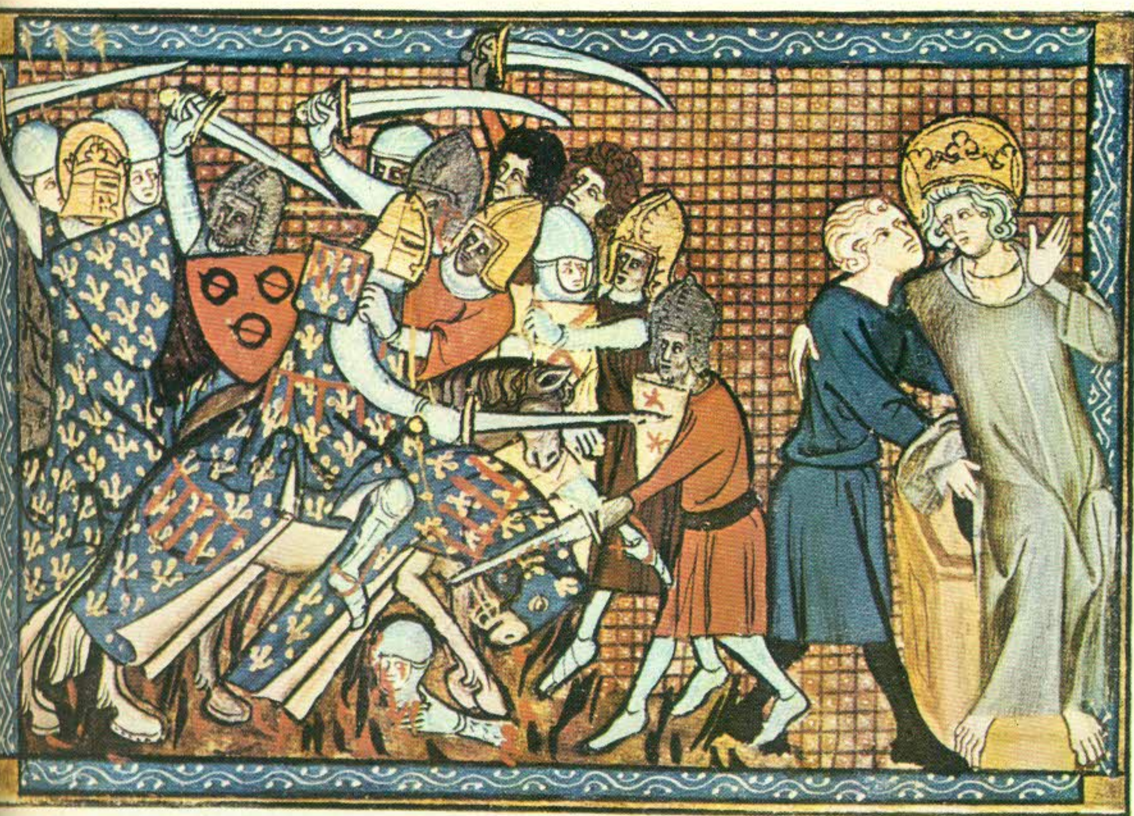
Representación de la batalla de Muret en un manuscrito de la "Cançó de Croada" (Biblioteca Nacional, París). El incontenible avance de la monarquía francesa avasalló a los grandes señores del sur de Francia, tomando como pretexto la herejía albigense.



herejía albigense. Pero de hecho habían sido sus vasallos franceses, bajo el mando de uno de ellos, el duro Simón de Montfort, quienes habían constituido los contingentes esenciales de la cruzada papal. Después de la muerte de Montfort, sólo el rey de Francia era capaz de asumir el papel de paladín de la causa papal, que así vendría a identificarse con la causa de Francia. Pero Luis VIII falleció cuando se disponía a emprender la expugnación de Tolosa, y su sucesor Luis IX era un niño. El conde Raimundo VII de Tolosa pudo, pues, conservar su condado, pero tuvo que aceptar la condición de casar a su heredera con el joven Alfonso de Poitiers, hermano de Luis IX (tratado de París, 1229), asegurando de esta forma la próxima anexión de Tolosa al patrimonio de los Capetos y en definitiva a la monarquía de Francia, mientras los vizcondados de Carcasona y Narbona eran directamente incorporados a la corona francesa.

Murallas de la "Cité" de Carcasona, reconstruidas por Viollet-le-Duc. Este vizcondado, después de la lucha contra los albigenses, fue incorporado directamente a la corona francesa.





San Luis en combate (miniatura de un manuscrito conservado en la Biblioteca Nacional de París). Durante su mayoría de edad, Luis IX hubo de hacer frente a dos crisis creadas por Teobaldo de Champaña y Hugo de Lusignan.

Bajo tan prometedores auspicios se inició el reinado de Luis IX el Santo (1126-1170), cuya madre y regente, Blanca de Castilla, supo mantener a raya a la nobleza feudal, que esperaba hallar en la minoría del monarca ocasión propicia para recuperar su poderío. Pero aun después de su llegada a la mayor edad, el joven soberano tuvo que hacer frente a dos graves crisis creadas, respectivamente, en 1236 por Teobaldo, conde de Champaña y rey de Navarra, y en 1243 por Hugo de Lusignan, conde de la Marche, ambos con amplios apoyos exteriores. La superación de estas crisis puso de manifiesto el grado de madurez adquirido por la monarquía francesa en el interior y su prestigio en el exterior, hasta el punto de convertirse en potencia hegemónica de un Occidente huérfano de las dos grandes monarquías universales del pontificado y el Imperio (este último especialmente a partir de la muerte del emperador Federico II, en 1250). Al prestigio de Francia contribuyó el prestigio personal, moral y religioso, de un monarca que sería canonizado muy pocos años después de su muerte, en 1297. La cruzada que dirigió contra Egipto (1248-1254) fue desastrosa (el propio monarca quedó cautivo), pero le valió una gran popularidad entre las masas humildes, las únicas capas sociales entre las que sobrevivía el espíritu místico de la cruzada.

La política exterior de Luis el Santo estuvo presidida por la idea de la paz, pero no hasta el punto de llevar su desinterés al extremo de sacrificar esencialmente los intereses de Francia. Si en el tratado de Corbeil (1258) con la Corona de Aragón renunció a toda pretensión sobre Cataluña, no hizo más que renunciar a una soberanía puramente teórica, que había perdido toda efectividad desde 987; pero el soberano catalán Jaime I renunció a cambio de algo muy actual y que había sido efectivo hasta escasos decenios antes, como era la esfera de influencia política catalana en el Languedoc. Y si en el tratado de París (1359) con Inglaterra, Luis IX devolvió a su cuñado Enrique III, después de haberle vencido en Saintes, la Guyena y las diócesis de Cahors, Périgueux y Limoges, desde luego a título de vasallaje, el inglés renunció definitivamente a toda pretensión sobre el resto de la gran herencia angevina arrebatada por Felipe Augusto. Se ha dicho que esta generosidad del rey santo fue la causa remota de la guerra de los Cien Años, pero



Escultura de comienzos del siglo XIV que representa a Luis IX (Museo de Cluny, París). La categoría moral que alcanzó este rey se pone de manifiesto en su papel de árbitro de Occidente, falto éste de las grandes monarquías que eran el pontificado y el Imperio.

Luis IX de Francia parte para la VII Cruzada desde el puerto de Aiguesmortes (Biblioteca Nacional, París). San Luis dirigió esta cruzada contra Egipto, pero sus resultados fueron tan desastrosos, que el propio rey quedó cautivo.





lo indiscutible es que puso fin a otra guerra secular y que aseguró la paz por espacio de un siglo.

La obra de religación territorial siguió su marcha progresiva (condado de Blois, Chartres y Sancerre, vizcondado de Chateaudun, Mâcon, Mortain, Clermont en Beauvaisis, etcétera), a despecho de las copiosas dotes territoriales creadas por el rey santo a favor de sus hermanos: el Artois para Roberto (1237); Anjou y Maine para Carlos (1241); Poitou y Auvernia para Alfonso (1246). De todas formas, estos príncipes no hicieron más que prolongar la acción real en sus dominios y fueron por sus matrimonios un factor muy positivo de unión. El matrimonio de Carlos de Anjou con la heredera de Provenza (1245) fue la base de la futura (bien que todavía remota) anexión de este país a Francia, mientras que la muerte en 1249 de Raimundo VII de Tolosa daba este territorio a su yerno Alfonso de Poitiers, es decir, a los Capetos. Por

Miniatura con episodios de la vida de San Luis IX, rey de Francia, que ilustra la obra "La flor de la historia", de Jean Mansel (Biblioteca Real, Bruselas). En estas miniaturas se narra la llegada a Francia de la corona de espinas de Nuestro Señor Jesucristo, enviada a San Luis por el emperador de Constantinopla a cambio de un subsidio pecuniario.

Restos del castillo de los cruzados en Biblos (Líbano). Tras haber satisfecho su rescate, Luis IX de Francia se dirigió a lo que quedaba de los Estados Cruzados, pero no consiguió que su prestigio pudiera imponerse y establecer la paz interior.



Captura y rescate de Luis IX de Francia en la VII Cruzada (Biblioteca Nacional, París). Después del desastre de Damieta, San Luis fue hecho prisionero en la batalla de Mansurah; después de pagar un cuantioso rescate, se dirigió a Tierra Santa.

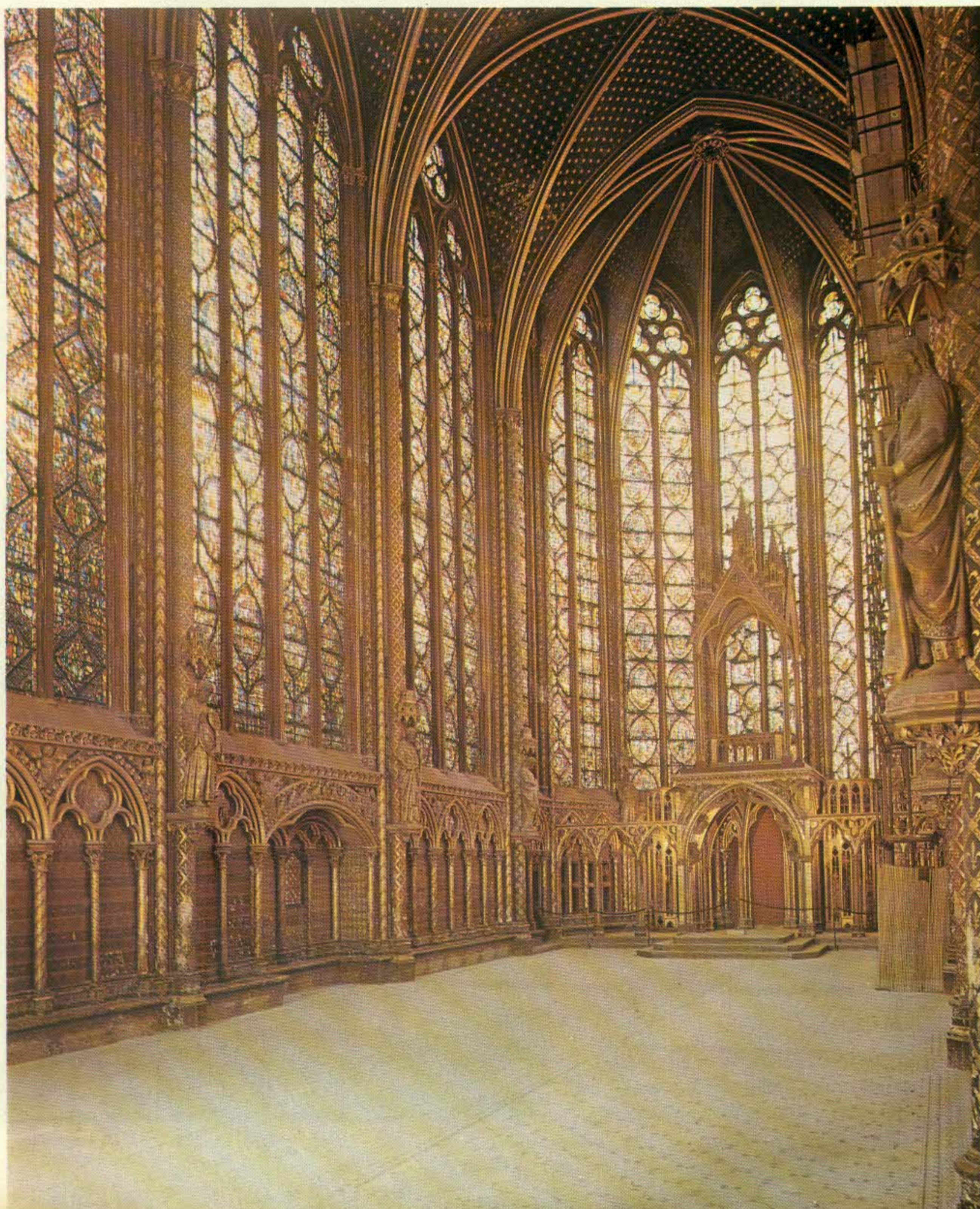
otra parte, Roberto y Alfonso morirían sin sucesión y sus dominios reverterían pronto a la corona.

Gran pacificador, árbitro de Occidente, San Luis fue erigido en juez por diversos príncipes extranjeros, que confiaron la solución de sus litigios al espíritu de justicia y rectitud del soberano de Francia. Su muerte a consecuencia del tifus contraído en Túnez (1270), mientras dirigía la última de las grandes cruzadas europeas (más desastrosa aún que la de 1248), acabó de aureolar su figura y justificar su futura y relativamente próxima canonización.

No menos importante fue el reinado del rey santo en el orden institucional. Su preocupación por la justicia tuvo resultados tan positivos para el perfeccionamiento de la máquina estatal como la creación de un cuerpo de inspectores reales para vigilar la gestión de los bailes provinciales; los informes de es-

tos funcionarios fueron la base de muchas de las *Ordenanzas* reales (1247, 1254, 1256, etcétera) que tanto contribuyeron a la organización y pacificación del país. La abolición de los duelos judiciales, la interdicción de las guerras privadas y, sobre todo, la Ordenanza de 1263, regulando las acuñaciones de moneda real, fueron grandes golpes contra el feudalismo. Pero lo más notable en el aspecto institucional de este reinado fue la creación, en el seno de la curia real, de dos comisiones permanentes integradas por simples caballeros y clérigos, verdaderos técnicos, en sustitución de los grandes magnates. La primera de estas comisiones, especializada en la administración de justicia, fue el germen del Parlamento, y la segunda, con competencia financiera y sede en el Temple, lo fue de la Cámara de Cuentas. La distinción entre los servicios generales de la monarquía y los de la casa *(hotel)* personal del rey empezó a operarse claramente en este reinado.

La Sainte-Chapelle, o capilla erigida por Luis IX en París para contener las reliquias de la Pasión. Fue su arquitecto Pierre de Montreuil y en ella las paredes se han sustituido por maravillosas vidrieras.

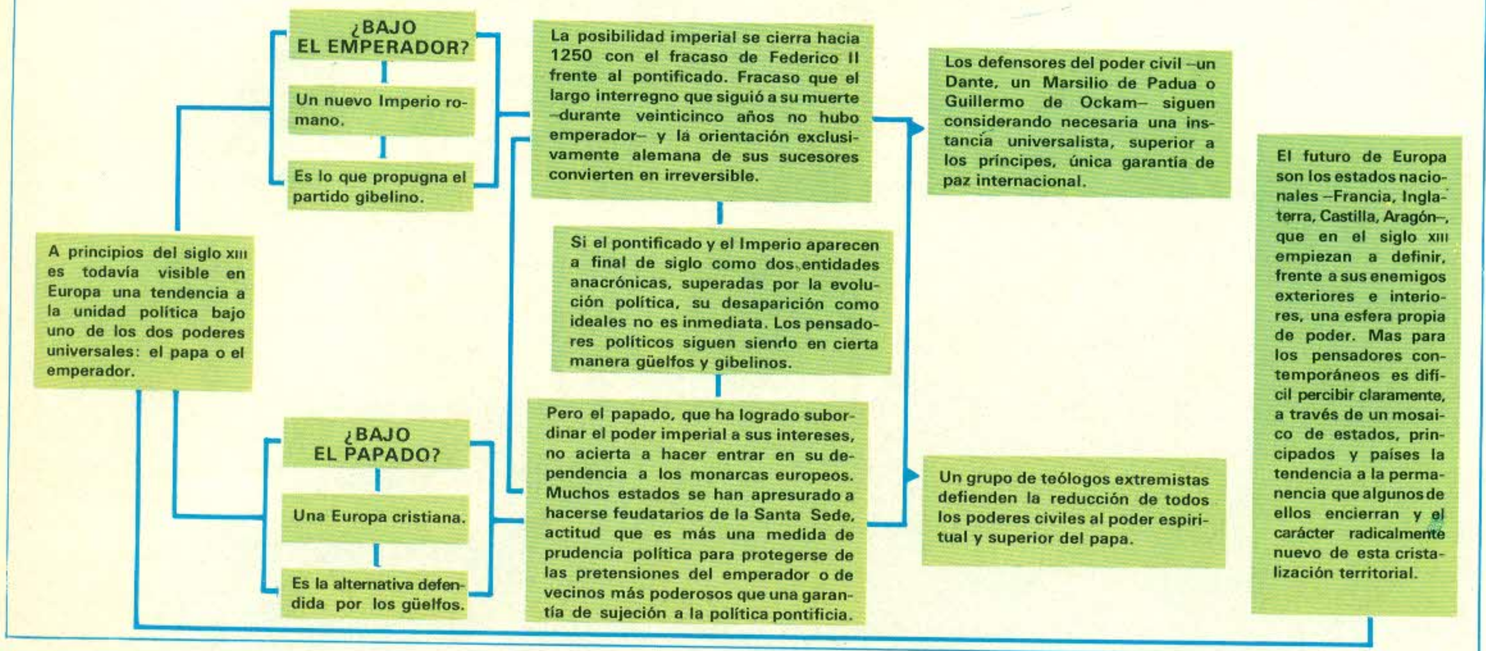


Partida de San Luis a la Cruzada (miniatura de la "Crónica" de Villani; Biblioteca Vaticana). La VIII Cruzada, dirigida contra Túnez, fue aún más desastrosa que la anterior, pues allí murió su hijo, el legado pontificio y el propio rey.

El prestigio de la monarquía francesa durante el reinado de San Luis se manifestó en la decisión del pontificado (Urbano IV, Clemente IV, papas franceses) de erigir al hermano del rey santo, Carlos de Anjou, rey de Provenza, en su paladín en la lucha contra los Staufen del sur de Italia. Investido del trono de Nápoles y Sicilia, Carlos de Anjou liquidó duramente la resistencia de los últimos Staufen (Manfredo, Conradino) e implantó en el mediodía de Italia una administración de tipo francés, muy rigurosa. Pero durante el reinado del hijo y sucesor de San Luis, Felipe III el Atrevido (1270-1285), la inesperada aparición de un nuevo campeón del decaído gibelinismo italiano en la perso-



Detalle del sepulcro de Luis IX de Francia (Museo del Louvre, París).



na de Pedro el Grande, rey de la Corona de Aragón, esposo de Constanza Staufen, quien expulsó a los franceses de Sicilia (1282), arrastró a la monarquía francesa a una peligrosa aventura en la que su prestigio sufrió un serio menoscabo. En efecto, Felipe III, cuyo reinado se inauguró con la reversión a la corona de la copiosa herencia (Poitou, Auvernia, Tolosa) de su tío Alfonso de Poitiers, muerto sin sucesión (1271), se dejó arrastrar por las presiones de Martín IV, otro papa francés, y aceptó para su segundo hijo Carlos de Valois el trono de la Corona de Aragón, del que había sido desposeído (sobre el papel) el excomulgado monarca catalán. Erigido en ejecutor de la sentencia papal, Felipe el Atrevido, con su hijo Carlos de Valois, al frente de un brillante ejército de cruzados, emprendió la conquista de Cataluña, que acabó desastrosamente y costó la vida al propio soberano francés, víctima de la peste contraída durante el sitio de Gerona (1285).



Los testigos del juicio para la canonización de Luis IX de Francia deponen ante el papa Bonifacio VIII (Biblioteca Nacional, París).



Acto de la entrega a Carlos de Anjou, hermano de Luis IX de Francia y rey de Provenza, de la investidura del reino de Nápoles y Sicilia como feudo pontificio por el papa Clemente IV (fresco de la Tour Ferrade, en Pernes-les-Fontaines).

El fracaso ultrapirenaico de Felipe el Atrevido no afectó la solidez de la monarquía de los últimos Capetos directos. Ésta alcanzó su plenitud, lo mismo en el orden territorial que en el institucional, al mismo tiempo que su independización de la tutela papal, durante el reinado de Felipe IV el Hermoso (1285-1314), hijo y sucesor del Atrevido. ¡Enigmática figura la de este nieto de San Luis, frío, impasible e impenetrable como una estatua! ¿Fue un débil, un mediocre, dominado por sus ministros? ¿O fue él quien los escogió adrede como instrumentos idóneos para la realización de su ideal cesarista? El hecho fue que existió una absoluta

LA CUESTION DEL MEDIODIA EN FRANCIA

Todavía en la segunda mitad del siglo XII, el sur de la Galia nada tenía de común con Francia. Ni siquiera el nombre; nadie llamaba aún "franceses" a los habitantes de Aquitania, el Languedoc, la Provenza o la Guyena inglesa; Francia era únicamente el reino de los Capetos.

Países de fuerte tradición romana, asiento del reino godo de Tolosa y más tarde de la Aquitania carolingia, constantemente rebelde a los soberanos de Aquisgrán, el Midi era un mundo totalmente aparte de Francia. Bajo la égida de los condes de Tolosa, las regiones de la lengua de oc eran la sede de una brillante civilización, de la que la poesía trovadoresca constituía su testimonio más patente. Políticamente, los pequeños señoríos languedocianos (Béziers, Carcasona, Narbona, Montpellier) y pirenaicos (Foix, Cominges, Bigorra, Bearn) gravitaban más o menos directamente en la órbita de los soberanos de Barcelona, pronto reyes de Aragón, cuya influencia era asimismo notoria en Provenza. Sin embargo, la oposición de Tolosa hizo fracasar la consolidación de un imperio pirenaico gobernado desde Barcelona. Inconscientemente, los soberanos de Tolosa laboraron en pro de la futura anexión de su país a Francia. Huyendo de Barcelona, cayeron en París.

La difusión de la doctrina cátara en el Midi no hizo, en realidad, más que traducir en el plano religioso unas diferencias de mentalidad preexistentes. En aquella sociedad, de un nivel de vida más elevado y de una mayor libertad de costumbres que en la Francia del centro y del norte, el clero se distinguía por su relajación. Imperaban la simonía y el nicolaísmo; la reforma gregoriana había sido olvidada. "No son prelados, sino pilatos" *(non praelati sed pilati)*, decía de ellos Jacques de Vitry. El descrédito de la Iglesia oficial favoreció por contraste la propagación de las doctrinas de los cátaros o puros, inspiradas en el antiguo maniqueísmo. Preconizando la vuelta a la primitiva pobreza evangélica, negando los sacramentos y toda jerarquía eclesiástica, contestando el derecho de propiedad y la violencia, el catarismo tenía un vasto alcance social.

El éxito de su difusión entre la burguesía e incluso entre la nobleza amenazaba romper la unidad de la Iglesia. Tolosa y Albi (de ahí el nombre de albigenses) eran los principales focos del catarismo. Raimundo VI de Tolosa, Ramón-Roger de Béziers y otros muchos soberanos languedocianos o pirenaicos eran decididos protectores de los herejes, si es que no profesaban clandestinamente el catarismo. Fracasada la campaña de Domingo de Guzmán contra las predicaciones de los perfectos cátaros, la controversia cedió el paso a la violencia. En 1208, el asesinato del legado papal Pedro de Castelnau dio ocasión al enérgico pontífice Inocencio III para jugar cartas fuertes. Excomulgados Raimundo VI y muchos otros señores filocátaros, el papa predicó cruzada contra los herejes. La empresa ofrecía óptimas oportunidades de gloria y fortuna a la nobleza francesa y tuvo un éxito extraordinario. Un pequeño señor de la Isla de Francia, Simón de Montfort, ambicioso y duro pero eficaz, dirigió la campaña, que fue una auténtica guerra de exterminio, llevada a cabo con extraordinaria ferocidad. En veinte mil se cifra el número de víctimas del saqueo de Béziers, de las cuales siete mil se habían refugiado en una iglesia.

Ante la inminencia del ataque de los cruzados, Raimundo VI reconoció la soberanía del rey de Aragón, Pedro el Católico. Era demasiado tarde para salvar el Languedoc. Junto a los muros de Tolosa, la derrota de Muret (1213), con la muerte del temerario y leal soberano catalán, selló la suerte del Midi.

Cierto que el hijo de Raimundo VI, Raimundo VII, recuperó Tolosa en 1218, pero sólo pudo conservar sus estados aceptando casar a su heredera Juana con el hermano de Luis el Santo, Alfonso de Poitiers, y renunciando a las tierras del Bajo Languedoc (Narbona, Carcasona), que pasaron a la corona de Francia (tratado de París, 1229). Cuatro lustros más tarde, muerto Raimundo VII, Tolosa pasó a Alfonso de Poitiers, y de éste, al morir sin sucesión en 1271, a la corona de Francia. En 1244 los últimos albigenses (varios centenares de hombres, mujeres, niños y ancianos), refugiados en el castillo de Montsegur (Ariège), prefirieron morir en la hoguera antes que abjurar. Las horribles llamas de Montsegur parecieron iluminar trágicamente el final de la independencia de las tierras de oc.

S. S. V.

Iglesia llamada de las Vísperas Sicilianas, en Palermo, donde brotó la chispa del levantamiento contra los Anjou y a favor de Pedro III el Grande, de Aragón.

identificación entre el soberano y los legistas, Marigny, Flotte, Plessian y, sobre todo, Nogaret, formado en las universidades del Languedoc, donde prosperaban las enseñanzas del derecho romano, cuyas máximas estatistas pueden simbolizarse en el precepto *"Quod principi placuit, legis habet vigorem"* (La voluntad del rey es la ley). Para el logro de sus objetivos, el monarca y los legistas aplicaron una política tenaz y sin escrúpulos morales, que ofreció un vivo contraste con la ética cristiana de Luis el Santo.

Por de pronto, la marcha hacia la unidad territorial logró progresos notables. Ya desde el momento de su elevación al trono, Felipe IV vinculó la Champaña y algunos territorios pirenaicos (Soule, Bigorra) pertenecientes a su mujer, Juana de Champaña, reina de Navarra. En 1286 compró el condado de Chartres, y en 1303 adquirió Angulema, La Marche y Lusignan. Consumó asimismo la incorporación del Vivarais, de Lyon y de Valenciennes. Francia se acercaba a las fronteras naturales de la Galia –Atlántico, Pirineos, Mediterráneo, Alpes, Jura, Rin–, formulada por primera vez por Nogaret en un memorándum relativo al valle de Arán (territorio que, sin embargo, no pudo anexionar el rey francés). Espíritu realista, Felipe IV renunció a la aventura ultrapirenaica de su antecesor



Estatua yacente de Felipe III el Atrevido, de Francia, obra de Pierre de Chelles (abadía de Saint-Denis, París). La política de este rey continuó la de San Luis, incluso en su enemistad contra la corona de Aragón.

EL DERECHO ROMANO Y LA MONARQUIA DEL SIGLO XIII

Si la unificación de una sociedad colectiva dentro de un territorio determinado con una potencia soberana define el estado moderno, la nota más evidente del estado romano del Bajo Imperio, tal como aparecía a los hombres que en el siglo XII releían sus leyes, es la soberanía única y exclusiva de una sola persona, el emperador.

"En la compilación de Justiniano encontraron la imagen de una monarquía absoluta y administrativa de la que la libertad estaba ausente, pero en la que reinan el orden y la justicia; encontraron la plena soberanía en la persona del emperador, que era el único que hacía las leyes y que mediante ellas mandaba sobre todos los legistas, y se intentó hacer pasar ese ideal a la vida real y reconstruir el poder del emperador en provecho del rey."

En la larga historia que lleva del eclipse del estado con el feudalismo a la plenitud del estado moderno con las monarquías absolutas de los siglos XVI-XVII, al siglo XIII corresponde el redescubrimiento de la soberanía del monarca.

No es que la noción de estado romano encierre un contenido uniforme de Augusto a Diocleciano y que tal contenido sea transmitido puro por los legistas a sus contemporáneos. El emperador ha sido sucesivamente "Princeps", el primero de los magistrados y "Dominus", pero ha sobrevivido la concepción del poder como servicio público: el emperador gobierna por el bien de la comunidad.

Ha coexistido la noción romana de servicio público y la concepción asiática de la realeza como propiedad, pero el estado aparece como un dato impuesto a la comunidad, a manera de un postulado jurídico del que provienen todos los derechos.

Los legistas descubren antes el poder que emana del estado que el estado mismo. Pero ese poder se les revela completamente diferente del poder feudal. El señor feudal obtiene su poder pactando con su vasallo: "Tú harás esto porque me lo has prometido". El emperador romano ordenaba de otra manera: "Tú harás esto porque yo soy tu soberano".

¿Qué implicaba esta nueva autoridad? Entre polémicas y discusiones, los legistas reivindican unánimes dos facultades: a) el rey legisla para todo el reino, y b) el rey puede recaudar impuestos en todo el reino cuando sea necesario para el bien común.

Se tardará en enunciar las últimas consecuencias de estas premisas.

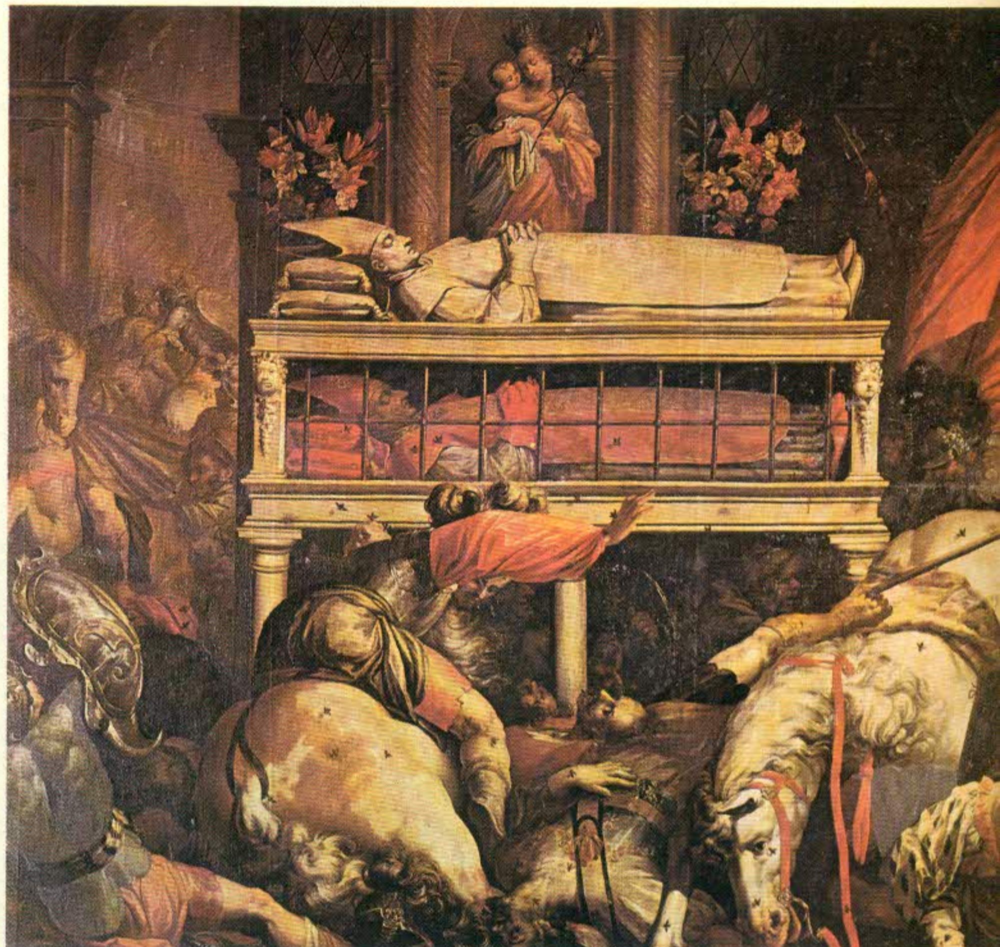
El poder no es una propiedad privada, es público y, como tal, inalienable e imprescriptible. Todo poder es un servicio a la comunidad. Es representativo –realiza una voluntad general– y sirve al bien común –es el único que provee todas las necesidades–.

LA TEORIA LLEVADA A LA PRACTICA

Aplicada al Imperio en los siglos XI-XII con Federico Barbarroja y Federico II. Aplicada a los reyes porque "el rey es un emperador en su reino" en el siglo XIII.

(paz de Tarascón, 1291), lanzándose, en cambio, con ímpetu a la conquista de la Guyena inglesa y de Flandes. Pero la caballería francesa fue derrotada aparatosamente por la infantería flamenca (la *canaille)* en Courtrai (1302), la batalla "de las espuelas de oro", y Felipe tuvo que renunciar a sus sueños y guardar a duras penas algunas plazas de lengua francesa, como Lille y Douai.

Courtrai demostró la ineficacia de la caballería feudal y la necesidad, por parte de la corona, de poseer ejército suyo financiado con sus propios medios. Pero los recursos de una monarquía feudal eran notoriamente insuficientes. Era preciso arbitrar nuevos ingresos. Fabricar moneda alterando su valor, viejo truco al que, por supuesto, recurrió el monarca con harta frecuencia, era, además de impopular, ilusorio. Los precios, impla-



El milagro de las moscas (iglesia de San Félix, Gerona). Al invadir Cataluña, Felipe el Atrevido llegó hasta Gerona, ciudad que ocupó. Pero en su campamento se declaró la peste, que se atribuyó a la picadura de unas moscas que salieron del féretro de San Narciso, patrón de la ciudad, al ser profanado por los soldados franceses.

Carlos el Cojo, hijo de Carlos de Anjou y príncipe de Salerno, hecho prisionero por Roger de Lauria (miniatura de la "Crónica" de Villani; Biblioteca Vaticana). El dominio del mar por parte de Pedro III el Grande, de Aragón, junto con la epidemia de peste fueron las causas que motivaron la retirada de Felipe el Atrevido de tierras catalanas.

cablemente, volvían a ajustarse a la realidad; lo que la corona ganaba de momento, lo perdía más tarde al tener que cobrar en la misma mala moneda. Las monarquías de la época no estaban todavía maduras para el establecimiento de un régimen de impuestos ordinarios regulares. En caso de crisis, el monarca podía solicitar ayuda (la "ayuda" feudal) de sus vasallos –la nobleza, las ciudades, la Iglesia– mediante acuerdos con ellos. Felipe el Hermoso trató de convertir este recurso extraordinario en ordinario, alegando una crisis constante. Al mismo tiempo quiso también convertir la "ayuda militar" en un recurso regular y exigir casi cada año el rescate del servicio con dinero. Obtuvo también cantidades de los siervos fomentando la liberación de la servidumbre (lo que ya habían iniciado sus antecesores). Además creó en sus dominios directos un impuesto sobre las ventas, el *maletote,* que produjo más disgusto que beneficio.

La Iglesia estaba exenta de la ayuda financiera; a cambio, pagaba el diezmo a la Santa Sede. Aunque el papa podía renunciar al diezmo a favor de un monarca abrumado



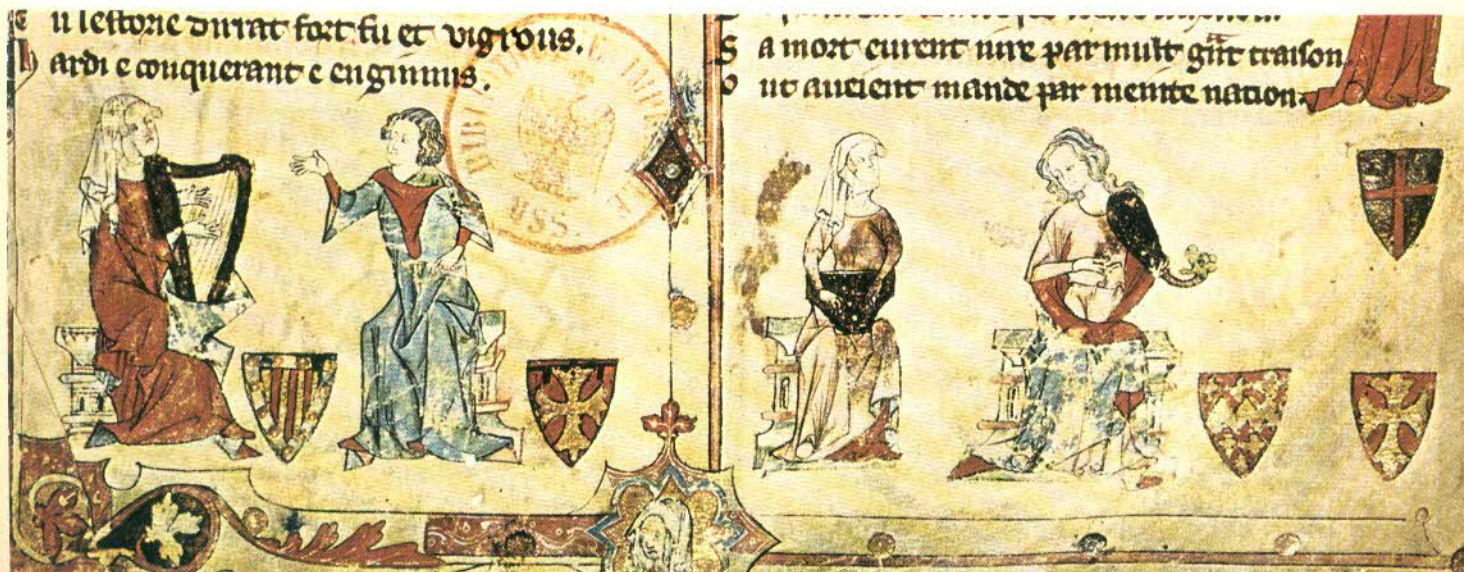
Felipe IV el Hermoso (detalle de la estatua yacente en la abadía de Saint-Denis, París).

por necesidades financieras (sobre todo si éstas eran debidas al sostenimiento de una causa de interés para la Iglesia), de hecho el diezmo suponía una evacuación constante y notable del oro del país hacia Roma. Evitar esta sangría, obtener el dinero de la Iglesia sin tener que recurrir al papa, llevó al rey y a sus legistas al violento conflicto con el papa Bonifacio VIII, en el que, por parte de ambos poderes, fueron invocados viejos principios de la antigua lucha de las Investiduras y en cuyo transcurso se manifestaron la intransigencia y obstinación del anciano pontífice, por una parte, y la brutalidad y falta de escrúpulos del rey y sus ministros, por otra. El conflicto culminó con el triste episodio de Anagni, donde Nogaret, secundado por la facción romana de los Colonnas, adversa al papa, forzó al pontífice a la convocatoria de un concilio que había de destituirle. Bonifacio VIII enloqueció y murió al cabo de un mes (1303), y sus débiles sucesores se doblaron ante el poder de la monarquía de Francia. Benedicto XI absolvió al rey, y su sucesor Clemente V (un francés, arzobispo de Burdeos) fijó su residencia en Aviñón (1305), dando comienzo a la etapa conocida por "la cautividad de Babilonia". En 1311 absolvió al mismo Nogaret. Un año antes, forzado por el rey, el papa forzó a su vez al concilio de Vienne a autorizar el proceso de los Templarios, otro episodio típico de la política estatista y financiera de Felipe el Hermoso y de sus métodos expeditivos.

Las enormes riquezas de la Orden del Temple despertaban la codicia de los monarcas y atraían contra ella la animosidad de los pueblos. Fue también Nogaret quien inculcó al rey la idea de secuestrar los bienes de la



Armadura de Felipe IV el Hermoso, de Francia (Palacio Ducal, Venecia). La derrota de su caballería en Flandes planteó la necesidad de que la corona poseyera un ejército propio.



Músicos del siglo XIV tocando diferentes instrumentos (miniatura de la "Gesta de Aleixandre"; Biblioteca Nacional, París).

Orden (1307), acusándola de graves vicios (sólo ciertos en mínima parte), y la de obtener del sumiso Clemente V y de otro concilio francés su abolición, junto con la autorización para instruir contra sus jerarquías un inicuo proceso que acabó mandando a la hoguera a cincuenta y seis caballeros (1314). La corona de Francia se benefició de la mayor parte de los copiosos bienes de la Orden, y el ejemplo fue seguido, desde luego, por los demás monarcas de Occidente, si bien –dice con ironía Robert S. López– "tuvieron la delicadeza de no mandarlos [a sus miembros] a la hoguera".

Sin embargo, la actuación de Felipe IV respecto a Roma y al Temple fue popular en Francia. El clero francés estuvo a su lado en el conflicto de los diezmos y el pueblo aplaudió la expoliación de los Templarios. Y es que el sentimiento nacional había evolucionado lo suficiente para anteponer el interés del país a toda otra consideración. El monarca cuidó de procurarse el apoyo previo de sus súbditos convocando en repetidas ocasiones el *Concilium generale* y dando cabida en él a los representantes de las ciudades (1301, 1302, 1308). En 1314 solicitó de la asamblea un subsidio extraordinario. Así nacieron, a imitación de otros países, los Estados Generales, con facultades financieras como el Parlamento inglés o las Cortes de los reinos ibéricos, institución que tuvo un origen tardío en Francia, precisamente el país en el que había de alcanzar siglos más tarde un desarrollo tan trascendental.

Sin embargo, las exacciones acabaron por exasperar al pueblo, que añoraba los tiempos de "Monseñor San Luis". A la muerte del rey se produjo una inmediata reacción. Durante el breve reinado de su hijo Luis X el Terco (1314-1316) levantáronse ligas feudales, detrás de las cuales estaba Carlos de Valois, tío del monarca. Durante los seis años del reinado de Felipe V el Largo (1316-1322), hermano del anterior, se perfeccionaron los Estados Generales, ya que el monarca tuvo que apoyarse en ellos para que reconocieran su elevación al trono (puesto que Luis X tenía una hija). Lo mismo sucedió en el reinado del tercer hijo de Felipe IV, Carlos IV el Hermoso (1322-1328), que sucedió a su hermano a pesar de que también éste tenía hijas; así se legalizó de hecho el apartamiento de las mujeres en la sucesión al trono francés, al mismo tiempo que la monarquía de Francia parecía convertirse en constitucional como la de Inglaterra o la de la Corona de Aragón. Al morir Carlos IV sin sucesión masculina (1328), se extinguió la línea directa de los Capetos, iniciada en 987. La corona fue

Iglesia del monasterio de Eunate, en Navarra (aquí abajo) y claustro de la iglesia de San Juan de Duero, en Soria (página de enfrente, abajo), que pertenecieron a los templarios. El ataque y destrucción de esta Orden parecen estar íntimamente relacionados con el problema financiero de Francia. La poca energía de los papas franceses ayudó a disolverla y los demás estados occidentales se apresuraron a beneficiarse de ello, ocupando sus posesiones.



atribuida a Felipe VI de Valois, hijo de Carlos de Valois y primo hermano de los tres últimos soberanos. Ello contra los posibles derechos de Eduardo III de Inglaterra, único nieto varón de Felipe el Hermoso, aunque por línea femenina. He aquí planteado el conflicto sucesorio que conduciría a la funesta guerra de los Cien Años.

Desde 987 a 1328 –unos tres siglos y medio–, el pequeño patrimonio de Hugo Capeto se había convertido en Francia. Fuera de ella quedaban sólo la Guyena inglesa, la Borgoña condal (Franco Condado) y el ducado de Lorena, que formaban parte del Imperio, y los pequeños señoríos del Bearn (de Navarra), Montpellier (de Cataluña) y Aviñón (de los papas). Aunque de hecho también Bretaña, Provenza y Flandes eran feudos independientes, la monarquía francesa era la más poblada del occidente cristiano. El país era próspero y rico. Los papas residían dentro de sus fronteras. Un escritor, Pierre du Bois, podía redactar un tratado preconizando una unión de naciones cristianas presidida por el rey de Francia, una nueva visión del Imperio europeo, aunque bajo la hegemonía francesa.

Pero la formación de la unidad de Francia debería sufrir todavía una larga y durísima prueba.



Bonifacio VIII (Colección Gioviana, Florencia). Felipe IV se negó a que se pagaran los diezmos a Roma. La discusión que ello motivó pareció renovar la lucha de las Investiduras. En Anagni, el representante del rey francés se apoderó de la persona del pontífice, pero aunque éste fue liberado por los habitantes de aquella población, enloqueció y murió a poco.

BIBLIOGRAFIA

Bainville, J.	*Historia de Francia* (3.ª ed.), Barcelona, 1944.
Benoist, Ch.	*La monarquía francesa,* Madrid, 1945.
Calmette, J.	*Le monde féodal* (colección "Clío"), París, 1951.
Halphen, L.	*L'essor de l'Europe (XIᵉ-XIIIᵉ siècles),* tomo VI de la colección "Peuples et Civilisations", París, 1932.
Hampe, K.	*La alta Edad Media Occidental,* vol. III de la "Historia Universal" dirigida por W. Goetz, Madrid, 1946.
Lavisse, E., y Rambaud, A.	*Histoire générale du IVᵉ s. à nos jours,* tomo II, París, 1893-1900.
López, R. S.	*El nacimiento de Europa,* Barcelona, 1965.
Lot, F.	*Naissance de la France,* París, 1948.
Perroy, E.	*La Edad Media* (2.ª ed.), vol. III de "Historia General de las Civilizaciones", Barcelona, 1965.
Petit-Dutaillis, Ch.	*Le monde féodal en France et en Anglaterre,* París, 1933.
Pirenne, H.	*Del Islam al Renacimiento,* vol. IV de la "Historia Universal" del mismo autor, Barcelona, 1953.
Pirenne, H., y otros	*La fin du moyen age,* vol. VII de la colección "Peuples et Civilisations", París, 1931.
Schneider, F.	*El nacimiento de los estados nacionales,* vol. IV de la "Historia Universal" dirigida por W. Goetz, Madrid, 1946.



Felipe VI de Valois preside una reunión de los Estados Generales (Biblioteca Nacional, París). Con Felipe VI, primo hermano de los últimos Capetos, se entroniza en Francia la dinastía de los Valois, en contra de los derechos, si bien por línea femenina, de Eduardo III de Inglaterra, con lo cual queda planteada la guerra de los Cien Años. Por otra parte, la incorporación de los representantes de las ciudades al "Concilium generale", en época de Felipe IV el Hermoso, transformó este organismo en los Estados Generales.